

# Felipe IV en Gibraltar en 1624. Crónica de una breve visita

Ángel J. Sáez Rodríguez, Juan Antonio García Rojas y Francisco Chinchilla Minguet/IECG

Recibido: 20 de junio de 2023 / Revisado: 1 de julio de 2023 / Aceptado: 5 de julio de 2023 / Publicado: 6 de abril de 2024

## RESUMEN

El 8 de febrero de 1624 partió de Madrid el joven Felipe IV, de 19 años, rumbo a Andalucía y acompañado de su hermano don Carlos, el futuro conde-duque de Olivares y un amplio séquito que incluía a Francisco de Quevedo. Permanecieron en Gibraltar día y medio, generando la visita una interesante producción documental que se emplea para contrastar la situación de la plaza y su entorno, desvelada por la investigación archivística más actual, con la perspectiva oficial del evento.

**Palabras clave:** Felipe IV, Gibraltar, conde-duque de Olivares, Francisco de Quevedo y Villegas

## ABSTRACT

On February 8, 1624, the young Philip IV, aged 19, left Madrid for Andalusia and accompanied by his brother Don Carlos, the next Count-Duke of Olivares and a large entourage that included Francisco de Quevedo.

They stayed in Gibraltar for two days, the visit generating an interesting documentary production that is used to contrast the situation of the square and its surroundings, revealed by the most current archival research, with the official perspective of the event.

**Keywords:** Felipe IV, Gibraltar, conde-duque de Olivares, Francisco de Quevedo y Villegas

## 1. INTRODUCCIÓN

Gibraltar y Ceuta eran las plazas del Estrecho que guardaban la entrada del Mediterráneo para la monarquía hispánica en el siglo XVII. Algeciras había quedado arrasada en el siglo XIV y sus términos, disputados por Tarifa, Jerez y Gibraltar, fueron concedidas a esta última ciudad en 1462 por Enrique IV. Gibraltar era la fortaleza de la orilla norte, un pequeño enclave islámico medieval conquistado para Castilla por el alcaide de Tarifa, Alonso de Arcos, en dicho año. Ceuta, que había sido portuguesa, se había pronunciado por Felipe IV de Habsburgo cuando, en 1640, Juan, duque de Braganza, se proclamó rey de Portugal. Tarifa, la tercera ciudad de la zona, carecía de la importancia de aquéllas al no contar con muelles de resguardo que permitiesen la recalada segura de embarcaciones de cierto calado cuando el viento soplaba con fuerza, como es habitual en el estrecho de Gibraltar.

Felipe IV era rey de España desde 1621, habiendo recibido, como parte de la herencia

de su padre, la terrible guerra de los Treinta Años, que había estallado en 1618, al finalizar la tregua de los Doce Años. Desde los primeros compases de su reinado, participaba de los asuntos de Estado el todopoderoso Gaspar de Guzmán, después conocido como conde-duque de Olivares, imperialista en política exterior y reformista en la interior.

## 2. EL ÁREA DEL ESTRECHO EN LOS INICIOS DEL SIGLO XVII

En la geopolítica europea de comienzos del siglo XVII se dio un peculiar caso de posible alianza de España e Inglaterra cuando el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, hijo del rey inglés Jacobo I, pretendió casarse con la infanta española María de Austria. Esto hubiese permitido unir la principal familia real protestante con la católica, y, quizás, terminar así con las guerras de religión. A la casa de Estuardo, que acababa de alcanzar el trono en Inglaterra, le interesaba establecer una alianza con la Monarquía



Lámina 1. El montuoso trayecto por caminos de herradura entre Tarifa y Algeciras, siempre amenazado por los piratas berberiscos de la otra orilla. Imagen de Fran Trujillo

española, como fórmula de fortalecer su posición y reconocimiento internacionales. El joven Carlos estaba tan interesado en María que llegó a plantear el retorno de su país al catolicismo.

No obstante, el esfuerzo diplomático fracasó tras largas e intensas negociaciones, incluyendo una visita privada del infante a Madrid. Llegó acompañado de George Villiers, I duque de Buckingham, que era el valido de su padre. Su intención era conocer en persona a la bella princesa española a la que pretendía, de la que parece ser que se quedó prendado. La visita no resultó bien en términos diplomáticos, los ingleses se sintieron agraviados y, poco después, Buckingham ordenó un ataque sin éxito de la armada inglesa a Cádiz. Corría ya el año de 1625 y Carlos acababa de ceñirse la corona.

Por España corrió el siguiente soneto, contrario a la proyectada boda del Príncipe de Gales y la infanta María Ana.<sup>1</sup>

En hombros de la pérfida herejía  
ved, Lisardo, que Alcides, o que Atlante,  
el de Gales pretende (y su Almirante)  
llegar al cielo hermoso de María.

El príncipe bretón, sin luz ni guía,  
alega, aunque hereje, que es amante,  
y que le hizo caballero andante  
la hermosa pretensión de su porfía.  
Juntos se han visto el lobo y la cordera,  
y la paloma con el cuervo anida,  
siendo palacio del diluvio el arca.  
Confusión de Babel en esta era  
donde la fe de España está oprimida  
de una razón de Estado que la abarca.

Para su correcta interpretación, debe entenderse que Alcides es Hércules y Almirante es Buckingham.

En consecuencia, lo que iba a ser una alianza anglo-hispana se convirtió en otra franco-inglesa. El desechado pretendiente alcanzó el trono como Carlos I en 1625 y, de inmediato, contrajo matrimonio con la hermana de Luis XIII, a la que, curiosamente, había conocido en París cuando volvía de su infructuosa visita a Madrid. En 1649 murió ejecutado en la revolución encabezada por Oliverio Cromwell. La alianza anglo-francesa hacía que la alianza hispano-austríaca volviera a afirmarse mediante la boda de María con su primo Fernando, hijo de

<sup>1</sup> Fue erróneamente atribuido al conde de Villamediana, quien no pudo ser su autor por haber sido asesinado en 1622, antes de la llegada del príncipe Carlos llegara a España (BN, Ms. 3919: fol. 35).

Fernando II de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Ella fue conocida como María Ana de Austria, emperatriz del Sacro Imperio.

En este contexto, Astrana Marín justifica que, “rotas [...] las negociaciones para la boda entre el príncipe de Gales y la infanta María, receló Felipe IV uno de aquellos golpes de mano ingleses, y determinó pertrechar las costas de Andalucía” (1945: 346-347). De ahí el viaje, que, además, pretendía dar popularidad al nuevo monarca.

En la comitiva real, acompañaban a Felipe IV su hermano, el infante don Carlos, el conde de Olivares<sup>2</sup> y un amplio séquito que incluía, además de a Francisco de Quevedo, al duque del Infantado, al almirante de Castilla, al marqués del Carpio y los condes de Barajas y de la Puebla —mayordomo del rey—, el de Alcaudete del Infante, el de Santisteban, el de Portalegre; Asimismo, a los marqueses de Castel Rodrigo y Oraní, jerarcas de la Iglesia como el cardenal Zapata, el patriarca de las Indias Diego de Guzmán, el confesor del rey y los predicadores reales. También al cronista Gonzalo de Céspedes y Meneses, secretarios, ayudantes, un sumiller de cortina, consejeros y diversos gentilhombres de la corte (Anónimo, 1624 y Astrana Marín, 1945: 347).

### 3. DE VIAJE

El rey era joven. Al iniciarse el viaje por el sur de sus Estados, el día 8 de febrero de 1624, contaba diecinueve años. El cronista del viaje señalaba que el rey y su cortejo partieron de “Madrid, para los puertos y costas de Andalucía, haciendo aquellas siempre puertas para España, amenazas y horror de sus contrarios, y dejándolas desde entonces con su cuidado, no sólo seguridad de su Reino; pero peligro también de los ajenos” (Herrera y Sotomayor (1624: fol. 1v<sup>o</sup>)).

Ejemplo del vigor del rey, que no concuerda con el apelativo de “pasmado” con que se le ha conocido, fue su intervención en la plaza de Tembleque —Toledo—, durante las fiestas que conmemoraban su visita. Francisco de Quevedo lo describe así:

En Tembleque, aquel concejo recibió a su majestad con una fiesta de toros, a dicho de alarifes de rejón, valentísimos toreadores de riesgo y alguno acertado [...]. Tuvieron fuegos a propósito y bien ejecutados. Su majestad mató un toro de un arcabuzazo, que no lo podían desjarretar (Quevedo, 1967: 868).

Asimismo, le dedica esta frase: “Su Majestad está alentado, que los más días se pone a caballo, y ni la nieve ni el granizo le retiran”, para añadir más tarde: “Su Majestad se ha mostrado con tal valentía y valor arrastrando a todos, sin recelar los peores temporales del mundo [...]. En esta incomodidad va afabilísimo con todos, granjeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par a sus reinos, y es consuelo tener rey que nos arrastre y no nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere” (Quevedo, 1967: 868).

En el mismo sentido se expresó Jacinto de Herrera y Sotomayor (1624: 5) al relatar la anécdota que protagonizó el rey en Cádiz:

Reconoció las más noches las centinelas del baluarte, y una de ellas detuvo tanto el nombre, que sufrió gran rato el arcabuz del centinela puesto al pecho. Anduvo siempre en traje de soldado, y de la misma manera su Alteza y los señores todos.

Resultó que, una de las noches que Felipe IV pasó revista por los baluartes, vestido de soldado y acompañado por el príncipe y el conde-duque y otros, al llegar a una de las garitas, un centinela le pidió el santo y seña. El rey dijo: “Soy el rey” y el soldado contestó que, de noche, él no conocía a nadie, que le diera el santo y seña o le daba un arcabuzazo:

El mozuelo dixo «alarga allá, que de noche no conosco a nadie, diga el nombre o le daré un mosquetaso». Con esto el rey, porque no disparase, dio el nombre. Y al día siguiente le mandó dar una ventaja (Morales Padrón, 1981: 39).

<sup>2</sup> Felipe IV lo nombraría I duque de Sanlúcar la Mayor en 1625. Entonces pasó a ser conocido como el conde-duque de Olivares.

Estos apuntes indican un carácter del joven rey diferente al que nos ha llegado, si bien puede tratarse de opiniones interesadas, para ganarse su favor.

La descripción que el autor de *Historia de la vida del Buscón* (1603) realiza de esta complicada expedición, debido al mal tiempo y al estado de los caminos, quedó recogida en su carta al marqués de Velada, fechada en Andújar el 17 de febrero de 1624.

Poco puede añadirse que aporte al conocimiento del lamentable estado en que se encontraban en estos años los caminos de herradura de España. Quevedo menciona que tuvieron que atravesar un camino “estrecho y lleno de trabajos y miserias” cuando la expedición todavía estaba por Linares, aunque el panorama fue el mismo por toda Andalucía (Quevedo, 1967: 868). En las inmediaciones de Medina Sidonia, se hizo allanar los caminos para facilitar el tránsito de la carroza real, lo que “exigió la demolición de dos casas, por las cuales hubo que pagar, como indemnización a los dueños, la suma de 80 ducados” (Deleito y Piñuela, 1935: 293).

Dicho estado de cosas se repitió al acercarse la comitiva al Estrecho, donde los caminos eran tan malos como en el resto de Andalucía. Entre Tarifa y Algeciras, las estribaciones meridionales de Sierra Luna hacían el viaje más incómodo, siendo además especialmente peligroso por el merodeo permanente de piratas berberiscos, que solían desembarcar en la costa al amparo de la oscuridad para depredar sobre vidas y haciendas: “Más de un millar de hombres se ocuparon en arreglar y ensanchar el fragoso camino que conducía a Tarifa, ciudad adonde llegó el monarca, escoltándole por la costa un destacamento militar para evitar cualquier peligro” (Deleito y Piñuela, 1935: 293).

El alcalde de casa y corte, Juan de Quiñones y Benavente, fue el encargado de arreglar con antelación los caminos del itinerario por donde debía pasar el rey. Había publicado en 1643 un *Memorial de los servicios que hizo al rey Felipe III*, que ofrece jugosos relatos acerca del estado de la red pecuaria:

Y habiendo de venir V. Majestad desde Cádiz a Málaga, se enviaron personas de

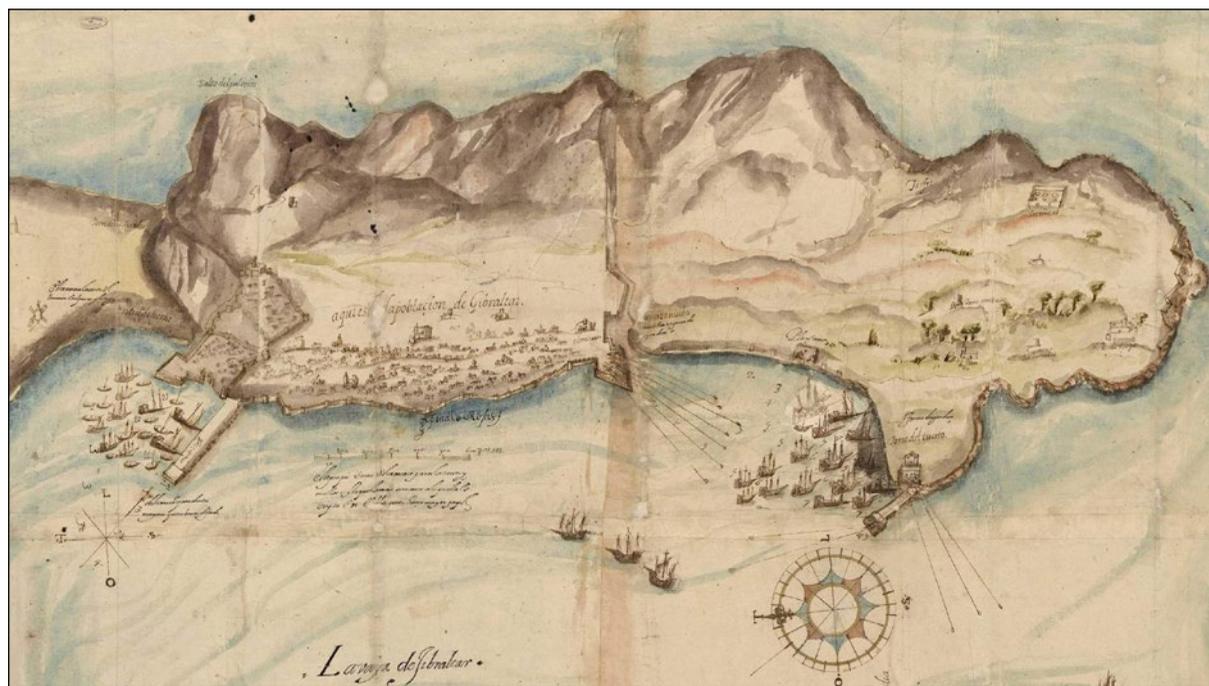


Lámina 2. Una vista de “La vaya de Gibraltar” (1608), en vísperas de la llegada del rey. Destacan las defensas del norte, con el baluarte de San Pablo y el Muelle Viejo (a la izquierda) y las del sur, con el baluarte de Nuestra Señora del Rosario y el Muelle Nuevo. AGS, Leg. 708, MPyD III-030, detalle

satisfacción que mirasen el camino que podía haber, y si se podía hacer, y los que fueron le hallaron tan dificultoso, que afirmaron no había paso, y en particular desde Tarifa a Málaga; mandóseme que fuese a verlo y habiéndole recorrido, vencí la dificultad con el trabajo que todo lo vence, y juntando mucha gente de los lugares vecinos, asistiendo mi persona de día y de noche en el campo con ellos, abrí camino nuevo, cortando las espesas matas y derribando al suelo árboles; rompí las peñas del arroyo de Guadalmesí (impedimento principal para el paso) con almadenas y otros instrumentos que hice traer de Gibraltar, maestros y oficiales que conduje (Ezquerria Revilla, 2020: 20-21).

La ingente labor continuó más allá del Campo de Gibraltar, como ocurrió ya en tierras malagueñas:

En la cuesta de Fuengirola, tan conocida de todos por su altura, por donde pasaron los coches y carros sin detenerse, ayudados con mucha gente que tenía de Alhaurín, que, tirando con maromas, los subían, que pareció imposible” (Ezquerria Revilla, 2020: 21).

Poco antes de llegar a Málaga, se construyó un puente en veinte y cuatro horas, otro de los servicios que Juan de Quiñones y Benavente argumentó buscando el beneficio real, concluyendo que en la ruta del rey “abundaron los bastimentos y provisión en todos los lugares, sin que hubiese falta en nada, ni que ellos recibiesen agravio, y Vuesa Majestad, que viva largos y felices años, volvió con salud a Madrid” (Ezquerria Revilla, 2020: 22).

El *Diablo cojuelo* (Pérez de Montalbán, 1999: 356) relataba las dificultades del viaje con gracia, habiéndolas padecido él mismo hasta el accidente de su carruaje —dedicó al causante un “no hay cochero que no lo vuelque, y aun vuesa merced no lo vuelca mal—, lo que lo obligó a abandonar la comitiva. Desatados los elementos a lo largo del camino, el escenario se volvió a veces dantesco: “Oíanse lamentos de arrieros en

pena, azotazos y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de a pie sacaban la pierna de donde la tenían, sin media ni zapato [...]. Parecía un pulgatorio de poquito” (Quevedo, 1967: 868).

José Carlos de Luna se mostró rigurosamente crítico con el viaje real, del que dice que “de fiestas, que no de cuidados, resultó este viaje del Rey don Felipe IV” (p. 283), apostillando:

El real viaje [no] produjera otra cosa que deudas y desequilibrios en los presupuestos concejiles, y sin que dejara otro rastro que el de la profunda antipatía hacia el soberbio y fatuo conde-duque de Olivares, que supo granjearse con la intemperancia de su carácter y la inoportunidad de sus observaciones” (pp. 283 y 284).

Caben destacar los dispendios de la estancia real en Doñana y en Sanlúcar de Barrameda, que arruinaron al duque de Medina Sidonia (Deleito y Piñuela, 1935: 290-291).

#### 4. EN GIBRALTAR

Herrera y Sotomayor realizó una muy breve referencia de la estancia del rey en el Peñón en la crónica oficial del viaje, publicada en 1624:

Jueves 28 de marzo, fue Su Majestad a comer a Gibraltar a cinco leguas de Tarifa, que con el rodeo que se hizo para mejorar el camino fueron ocho, y hubieron de passar dos barcas en que gastó la gente muchísimas horas.

Este día fue el Duque Mi Señor de Sidonia a Arcos.

Viernes 29 de marzo, se estuvo Su Majestad en Gibraltar disponiendo lo necesario para/ aquel muelle y fortaleza, y el Duque Mi Señor fue de Arcos a Villamartín.

Sábado 30 de marzo, fue Su Majestad a comer a seis leguas de Gibraltar, a Estepona, y de/ allí otras cinco más a dormir a Marbella (Herrera y Sotomayor, 1624: fol. 5r°).

De ella sabemos poco más que la conocida anécdota de la carroza del rey, que no cabía por la Puerta de Tierra, lo que obligó a que el monarca hiciese su entrada a caballo. El doctor Thebussem

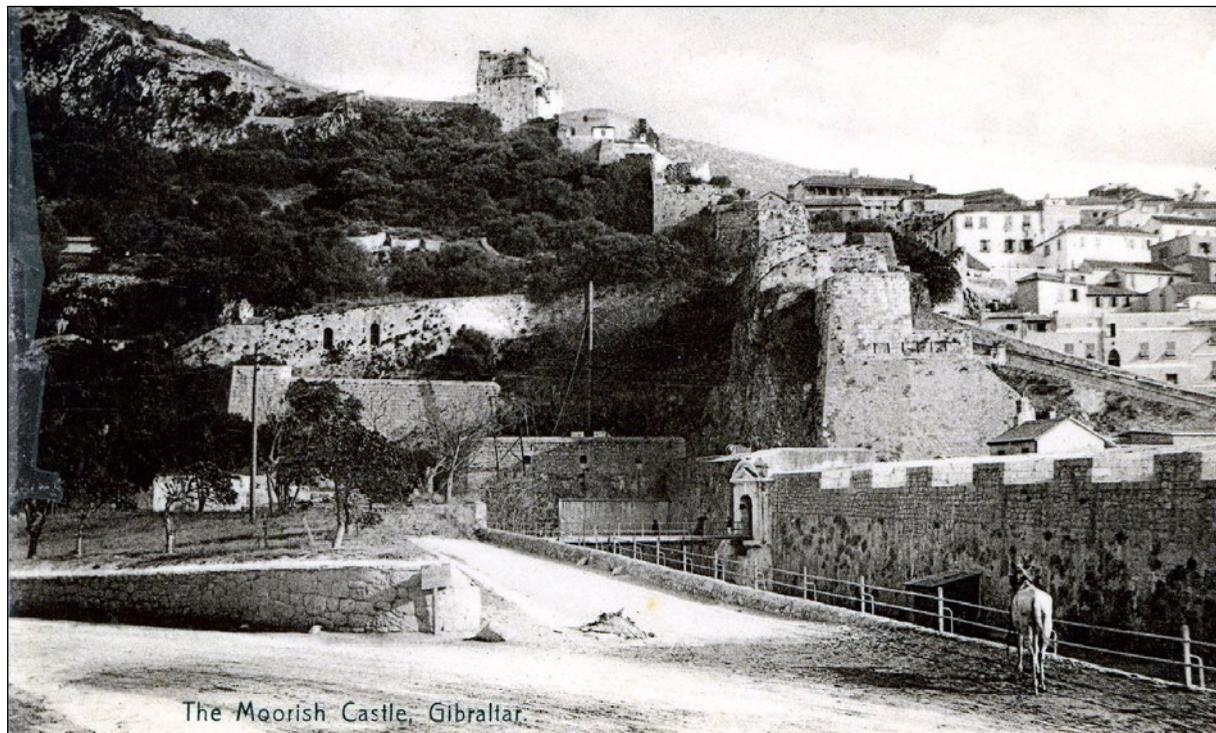


Lámina 3. Postal con el frente norte de Gibraltar (1880). Arriba, la Calahorra meriní; abajo, el puente —que fue levadizo—, por el que se accedía a la plaza desde el arenal del istmo. Conocida en el Gibraltar británico como Landport Gate, fue reformada exteriormente por James Montessor, hacia 1751. Colección J. A. García Rojas

ilustra el incidente de la reprimenda del conde-duque al gobernador de la plaza, que le habría contestado con aquello de “que las puertas de Gibraltar no estaban hechas para que penetrasen carrozas, sino para que no entraran enemigos (Pardo de Figueroa y de la Serna, 1877: 3).

Dice Jacinto de Herrera y Sotomayor en su *Jornada* que el rey ocupó el día 29 de marzo en Gibraltar advirtiendo lo necesario para aquel muelle y fortaleza.

El jurado y boticario gibraltareño Alonso Hernández del Portillo refirió en su famosa *Historia de Gibraltar* que el Muelle Nuevo, iniciado en la Torre del Tuerto en 1619, “se va prosiguiendo y está hoy en 14 brazas”. Su hijo, que revisó aquel libro a la muerte de su padre, escribió: “Y el rey Don Felipe IV entró en él, y mandó proseguir la obra, que ha costado hoy más de trescientos mil ducados” (c. 1624, reproducido en 1994: 49).

Es opinión extendida, entre los tratadistas del sistema fortificado del Peñón, que la visita del monarca supuso un impulso en el desarrollo de su programa defensivo. Desde que Felipe IV era

rey de España, había trabajado en las defensas del Peñón el ingeniero Juan Fajardo, en 1622, aunque el gran impulso a su sistema defensivo llegó con Luis Bravo de Acuña, acaecida justo tras la estancia allí de Felipe IV. Después de Bravo de Acuña lo hizo Andrés Marín, en 1646, entre otros (Calderón Benjumea, 1978: 162). Todos ellos trabajaron sobre un conjunto fortificado que era heredero del desarrollado entre los siglos XV y XVI, cuando Gibraltar vivió el comienzo de la gran transformación de su fortificación medieval en otra de acuerdo con los modernos principios poliorcéticos del Renacimiento (Sáez Rodríguez, 1999: 723-750). Hernández del Portillo había ponderado los planes para la defensa de la plaza de “don Álvaro de Bazán, padre del primer marqués de Santa Cruz, siendo alcaide propietario de este castillo, que, como dice el refrán, la mejor traza es del dueño que vive en la casa” (Hernández del Portillo, 1624: 46-47). A pesar de ello, su estado de defensa no había apenas cambiado tres años después del saqueo de Gibraltar por la escuadra turca de 1540. Sin embargo, ya en 1618, el capitán Messía

Bocanegra sostenía que, “con trecientos soldados que hubiese, estaría en mucha defensa”<sup>3</sup>

Como efecto de la visita real o no, a partir de 1624 cambiaron muchas cosas en las fortificaciones gibraltareñas. Al año siguiente, la muralla torreada medieval que comprendía la Puerta de Tierra –donde se produjo el episodio de la carroza real–, que era, a su vez, la que cerraba el barrio de la Barcina por el norte, quedó convertida en una defensa “a la moderna” (Calderón Quijano, 1968: 47). La muralla fue conocida como de San Bernardo y, la Puerta de Tierra, como la Puerta de España.

La intervención de Bravo de Acuña fue decisiva en esta zona. Los muros fueron ensanchados y terraplenados, dada “la flaqueza de la muralla que cae sobre el foso de la dicha puerta”<sup>4</sup>. De esta forma, y conforme al ideal renacentista, el paso de ronda medieval fue ampliado para permitir el paso, emplazamiento y disparo de las piezas de artillería, así como el acceso de las tropas que hubieran de defenderla. Este recrecimiento se realizó hacia el exterior de la ciudad, enrasando la nueva obra con los salientes de los viejos lienzos, atendiendo las peticiones de los vecinos, temerosos de perder sus casas anexas a la muralla.<sup>5</sup>

El consejero de guerra Luis Bravo de Acuña dirigió al conde-duque de Olivares, en 1627, un memorial en el que daba cuenta del progreso de las obras en esta zona de la ciudad:

Vasse fabricando la puerta principal, la qual puente, foso y muralla son obras Reales, y baluarte de Sant Pedro, y por la correspondencia del antiguo de Sant Pablo que se le o pone, no se haze con casamata ni orejón...” (Calderón Quijano, 1968, 48).

Ese baluarte de San Pedro había sido proyectado primeramente en 1587<sup>6</sup> y rediseñado, sobre planos, en 1610.<sup>7</sup>

A Bravo de Acuña debe Gibraltar la

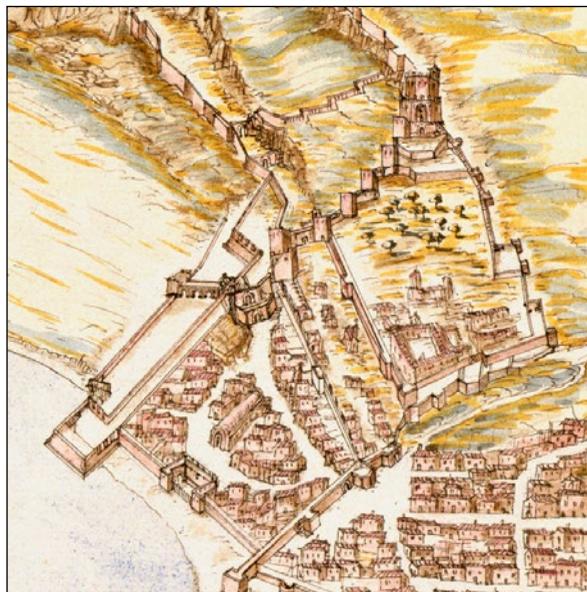


Lámina 4.- Puente sobre el foso y Puerta de España por la que no cupo la carroza real. B.L., c3753-06-Add15.152-8, fol. 23. Detalle

decisiva remodelación de sus fortificaciones, convirtiéndose en la plaza inexpugnable que atacaron los partidarios del archiduque Carlos de Austria en 1704. Solo el recurso a una treta, como fue la toma de rehenes por los marineros ingleses, hizo que Salinas y sus hombres entregasen unas defensas que se encontraban en perfecto estado, a pesar del intenso bombardeo sufrido por los atacantes (Sáez Rodríguez, 2018). El consejero de guerra había hecho que quedase despejada de construcciones el glacis y el istmo, zona dominada por los cañones de los “traveses” de San Pablo y San Pedro. Asimismo, continuó la apertura, en el suelo rocoso al que se abría la Puerta de España, de un foso inundable por acción de las mareas.

Aunque esta obra fue atribuida a Bravo de Acuña por Montero (1860: 239), ya el capitán Messía Bocanegra escribía en 1618 que “sería de mucha fortificación y importancia para la ciudad acabar de abrir un foso que esta comenzado en la puerta de tierra”<sup>8</sup>. De hecho, lo había iniciado

3 AGS, MT, Costa de Andalucía, Leg. 819, 1618, fol s/n.

4 AMSR, Caja 62, N° 3, 1625, fol. 3.

5 AMSR, Caja 62, N° 3, 1625, fol. 3.

6 AGS, MT, Legajo 271, Gibraltar, 1587, fol. 42.

7 AGS, NG, Leg. 722, fol. 115.

8 AGS, MT, Costa de Andalucía, Leg. 819, 1618.

Juan Bautista Calvi en la segunda mitad del siglo XVI. A Bravo de Acuña se debe la elevación de su contraescarpa, creando un glacis. El foso se salvaba por un puente parcialmente levadizo, emplazado detrás de una antepuerta reforzada por una estacada. Aquel diseño original se reconoce perfectamente en el frente norte de Gibraltar, cuatrocientos años y cuatro asedios después, a pesar de las grandes remodelaciones inglesas del XVIII.

## 5. CONCLUSIONES

Hemos realizado una minuciosa revisión bibliográfica para aportar de la manera más exhaustiva el amplio eco que la expedición tuvo en su época, rescatando de las diferentes obras datos hasta ahora poco o nada divulgados.

Según nuestros cálculos, estuvo compuesta por unas 260 personas –en contraposición a algunos tratadistas que sugieren más de mil–, que sirvieron, a su vez, como fuentes informativas de primera mano para los firmantes de los trabajos que la reflejaron en los meses siguientes. No obstante, y dado que en las fuentes no se menciona el número total de oficiales y arrieros, podemos estimar que debieron participar entre 300 y 400 personas.

Asimismo, hemos correlacionado la estancia del rey en Gibraltar con la posterior transformación de su sistema defensivo de mano de Bravo de Acuña, en grado mucho más importante de lo ocurrido desde tiempos de Calvi.

También hemos aclarado la duración del viaje: 71 días —desde el 8 de febrero al 18 de abril—, frente a las obras que señalan 69, confundidas por las palabras de Herrera y Sotomayor (1624: fol. 6v°).

Queda atestiguado que la expedición se realizó bajo un tremendo rigor invernal de agua, nieve, viento y granizos. “No hubo locura que febrero no ejecutase en nosotros”, se lamentó Francisco de Quevedo (1967: 868). Para apostillar: “Mes fue siempre loco, pero entonces furioso”.

Hemos dejado constancia del lamentable estado de los caminos de herradura y de los ingentes gastos que hubieron de afrontarse para hacerlos transitables para la comitiva del rey.

Finalmente, es interesante resaltar la imagen positiva que Francisco de Quevedo traslada del rey, que se transformó en visión crítica con el paso de los años. No obstante, y a pesar del posible interés laudatorio de algunos de los firmantes de estos textos, la popularidad del rey quedó de manifiesto en las ceremonias oficiales que jalonaron su viaje, así como durante su paso por pueblos y ciudades. Incluso en Sevilla, donde visitó de incógnito la catedral y los reales alcázares, “numerosos transeúntes, especialmente chiquillos, advirtieron quién iba en el carruaje, y rodearon éste vitoreando al rey con gran alborozo” (Deleito y Piñuela, 1935: 283).

## 6. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### 6.1. Fuentes

- AGS, MT, Costa de Andalucía, Leg. 819, C. Messía Bocanegra, *Relación del estado que tienen las torres de la costa del Andalucía y lo que será menester para su defensa*. Madrid, 25 de mayo de 1618.
- AGS, MT, Legajo 271, Gibraltar, 1587. En *Colección de Documentos Copiados en el Archivo de Simancas como datos para escribir la historia del Cuerpo de Ingenieros, por el Coronel Don José Aparici García*, Sección Primera, vol. III, sign. 1-5-3, fol. 42.
- AGS, NG, Leg. 722. *Lo que ha acordado el señor marqués de San Germán de lo que se ha de hacer en la fortificación de Gibraltar y poner en perfección lo que está empezado*. Gibraltar, 29 de mayo de 1610 (J. Aparici García, *op. cit.*, vol. XXIII, Sign. 1-4-7, fol. 115).
- Anónimo (1624). *Relación de las Fiestas que el Marqués del Carpio hizo a el Rey Nuestro Señor*. Sevilla: Diego Pérez.
- Biblioteca Nacional, Madrid. Ms. 3919 (fol. 35). En Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. [www. https://www.cervantesvirtual.com/](https://www.cervantesvirtual.com/) consultado el 10 de junio de 2023.
- Espinosa, P. de (1624, reproducido en 1624). *Bosque de Doñana* (ed. M. Bernal Rodríguez. Sevilla: Padilla Libros.

- Hernández del Portillo, A. (c. 1624, reproducido en 1982). *Historia de Gibraltar*. Algeciras: UNED.
- Herrera y Sotomayor, J. (1624). *Jornada que su Majestad hizo a la Andalucía, 1624*. Madrid: Imprenta Real.
- Quevedo y Villegas, F. de (1624, reproducido en 1927). “Carta del autor en que da cuenta de lo que le sucedió caminando a Andalucía con el Rey nuestro Señor”, en *Don Lope de Sosa. Crónica mensual de la provincia de Jaén* (E. Riquelme Ibáñez y A. Vargas-Machuca Caballero, eds.). Vol. 169. Jaén.

## 6.2. Bibliografía

- Astrana Marín, L. (1945). *La Vida Turbulenta de Quevedo*. Madrid: Editorial Gran Capitán.
- Bisso y Vidal, J. (1869, reproducido en 2002). *Crónica General de España (Málaga)*. Valladolid: Maxtor.
- Calderón Benjumea, J. A. (1968). *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. Universidad de Sevilla.
- Calderón Benjumea, J. A. (1978). “Ingenieros militares en Gibraltar en los siglos XVI y XVII”. *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba.
- Calderón Quijano, J. A. (1968). *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. Universidad de Sevilla.
- De Castro y Rossi, A. (1857, reproducido en 2007). *Nombres Antiguos de las Calles y Plazas de Cádiz*. Cádiz: Extramuros Edición, S.L.
- De la Concepción, Fray J. (1690, reproducido en 2002). *Emporio de el Orbe* (ed. A. Morgado García). Tomo II. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Deleito y Piñuela, J. (1935). *El Rey se Divierte*. Madrid: Espasa-Calpe S.A.
- Díaz Criado, A. (1974). “Visita al Málaga del rey Felipe IV en compañía del conde-duque de Olivares”. *Jábega*.
- Ezquerro Revilla, I. J. (2015). “Los alcaldes de Casa y Corte en tiempos de Felipe IV: Unión en el Consejo y Defensa Jurisdiccional”. *Revista electrónica de la UAM*.
- Gómez de Avellaneda, C. (2021, 8 de enero). “1642: El intento de reconstrucción de Algeciras por el Conde-Duque de Olivares”. *Diario Europa Sur*. Edición digital consultada el 11 de junio de 2021. [https://www.europasur.es/algeciras/conde-duque-olivares-reconstruccion\\_0\\_1535846739.html](https://www.europasur.es/algeciras/conde-duque-olivares-reconstruccion_0_1535846739.html)
- Menéndez Martínez, J. M. y Gil García, M<sup>a</sup> M. (1993). *El camino de Andalucía. Itinerarios históricos entre la Meseta y el valle del Guadalquivir*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente.
- Montero, F. M<sup>a</sup> (1860). *Historia de Gibraltar y su Campo*. Cádiz: Imprenta de la Revista Médica.
- Morales Padrón, F. (1981). *Memorias de Sevilla (Noticias del siglo XVII)*. Edit. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.
- Pardo de Figueroa y de la Serna, M., Doctor Thebussem —seud.— (1877). “Yantares y conduchos de los Reyes de España”. *La Ilustración Española y Americana*. Madrid: Aribau y Cía.
- Pérez del Campo, L. y Quintana Toret, F. J. (1985). *Fiestas Barrocas en Málaga. Arte Efímero e Ideología en el siglo XVII*. Málaga: Diputación Provincial.
- Pérez de Montalbán, J. (1999). “Trompa del doctor Juan Pérez de Montalbán contra La Perinola de don Francisco de Quevedo, diablo Cojuelo, jorobado y con cuatro ojos, en *Obra no dramática* (José Enrique Laplana, ed.). Madrid: Ediciones de la Fundación José Antonio de Castro.
- Pérez Paredes, A. (2003). *Documentos del Archivo Municipal de San Roque (1502-1704)*. San Roque, 2003.
- Polanco Romero, J. (1926). *Relaciones del siglo XVII*. Granada: Facultad de Filosofía y Letras.
- Quevedo y Villegas, F. de (1967). *Obras Completas, Versos*. Tomo II. Madrid: Aguilar.
- Valdés Gázquez, R. (2018). Francisco de Quevedo, alias «Diablo Cojuelo». Pasajes, hechos e hipótesis de alusiones en la novela de Vélez de Guevara con la figura de Quevedo al fondo. *La Perinola*, 22, 347-373. <https://doi.org/10.15581/017.22.347-373>
- Sáez Rodríguez, A. J. (1999). “Gibraltar en el reinado de Carlos I de España”, *El Emperador Carlos y su tiempo*. IX Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla, 1999). Sevilla: Cátedra General Castaños.

- Sáez Rodríguez, Á. J. (2018), “1704. Escudos humanos en Gibraltar”. *Descubrir la Historia* (18). Algeciras.
- Sáez Rodríguez, Á. J. (2018). Gibraltar en 1704. Cuadernos De Gibraltar – Gibraltar Reports, (01), pp. 27–52. Recuperado a partir de <https://revistas.uca.es/index.php/cdg/article/view/4579>

---

**Ángel J. Sáez Rodríguez**

Doctor en Historia. Profesor. Director de la revista Almoraima. Consejero de Número de la Sección 1 del IECG

**Juan Antonio García Rojas**

Investigador. Miembro colaborador de la Sección 1 del IECG

**Francisco Chinchilla Minguet**

Investigador. Miembro colaborador de la Sección 1 del IECG

---

---

**Cómo citar este artículo**

Ángel J. Sáez Rodríguez, Juan Antonio García Rojas y Francisco Chinchilla. “Felipe IV en Gibraltar en 1624. Crónica de una breve visita”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (60), abril 2024. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 59-68.

---